Corría el año 2025. La humanidad continuaba infatigable con su avance tecnológico. Numerosos colonos habían viajado ya a Marte y la estación espacial internacional comenzaba a asemejarse a lo que conocemos como un puerto espacial gracias a la ciencia ficción. La construcción de cohetes se había abaratado y cualquier país medianamente desarrollado podía permitirse el lujo de enviar patriotas a la órbita terrestre.

Un puerto espacial, personas subiendo hasta allí en lanzaderas como quien coge el metro y multitud de colonos saliendo de él en dirección al planeta rojo. La economía espacial progresaba y nuestro ego aumentaba al vernos cada vez más cerca de los relatos de Assimov.

Por eso, cuando llegaron no tuvimos cautela. En ningún momento desconfiamos o nos mostramos recelosos. Un día se detectó una señal de radio proveniente del cinturón de asteroides y, cinco horas más tarde unas gigantescas naves negras llegaban a la órbita de nuestro planeta, haciendo sombra en su superficie.

Mandaron una pequeña comitiva a nuestra estación espacial. A un lado de la mesa los mandatarios de los países más importantes, con el zopenco de EEUU a la cabeza, al otro unos seres bastante más parecidos a los hombrecillos verdes de las pelis de los 90 de lo que cabría esperar en un guion decente. En cualquier caso, hablaban un perfecto inglés que ya envidiarían muchos de nuestros políticos. ¿Cómo era esto posible? – fue lo primero que preguntó con la boca abierta y tono bobalicón la especie humana.

A la reunión habían portado un objeto voluminoso, que en ese momento dejaron sobre la mesa: la sonda Voyager